

«Le habría enseñado fotos de mi esposo preguntándole por qué»

► El etarra Karmona mató a sus maridos. La cita que tenían con él se abortó. Esta es la historia de un encuentro que no pudo ser

PEDRO SIMÓN / Bilbao

Una le habría abordado como quien dice de espaldas y la otra lo habría hecho de frente. Una habría empezado con un silencio y la otra lo habría hecho recordándole el ruido.

Cuando tienes la posibilidad de entrevistarte con el asesino de tu marido, el dolor es como un inabarcable poliedro. Esta crónica tendría que haber sido de lo que se dijeron. Pero va a ser de lo que no.

El Ministerio del Interior popular liquidó los encuentros restaurativos entre terroristas presos y víctimas -nacidos al calor de la *vía Nanclares* durante la legislatura socialista y promovidos por el Gobierno vasco- y con el paso cambiado se quedaron dos víctimas. Dos víctimas con su intimísima *hoja de ruta* y cuyas ganas de tener delante al terrorista que las dejó viudas valen lo mismo que las que no querían tenerlo delante jamás.

«Y entonces, cuando ya estaba todo listo, llega el Gobierno, interrumpe las conversaciones y empieza a poner condiciones para los encuentros: que tenían que ser en prisión y no durante un permiso; que tenía que haber una persona de ellos presente; y un montón de cosas más. No nos permitieron gestionar nuestro dolor». Quien habla primero es Rosa Rodero, 58 años, cuyo marido -Joseba Goikoetxea, jefe de la unidad de investigación de la Ertzaintza- fue asesinado en 1993 de dos tiros en la cabeza cuando iba con su hijo en el coche.

«Le habría puesto delante un montón de fotos de mi esposo y le habría preguntado que por qué, habría tratado de sacarle la promesa de que demostrase su arrepentimiento en cada acto al que pudiera asistir». Quien habla en segundo lugar es Leonor Regaño, cuyo esposo -Manuel Jódar, un tédax de la Policía Nacional- voló por los aires en 1989 al tratar de desactivar una bomba que ETA había colocado en el barrio bilbaíno de Zorroza.

Rosa y Leonor apenas se conocían. Lo suyo es que jamás hubieran tenido que hacerlo. Hoy lo harán. Profundamente.

El nexo que une a las dos es Joseba Koldo Martín Karmona, etarra expulsado de la banda en enero de 2011 tras desvincularse de la actividad terrorista. Él era el jefe del *comando Vizcaya* que hizo enviar a las dos. Con él iban a entrevistarse por separado. Con él ya no se entrevistarán. Y con todas las preguntas que iban a ser y no serán buscamos lo más parecido a una respuesta.

«Mi marido salió en el coche y se llevó al hijo de 16 años a la parada del autobús», recuerda Rosa. «Salí más tarde. De camino, vi jaleo en una esquina, me dijeron que era un robo y me quedé tranquila... Pero me acerqué más. Y

entonces lo vi: estaba su coche pero no quería creerlo. Le pedí a una señora mejor situada que me dijera la matrícula. Era la de su auto. Había masa encefálica en el suelo. No estaba mi hijo. Me contaron que había salido corriendo tras el que disparó. Y que alguien, afortunadamente, salió de un portal y lo agarró a tiempo».

«Le miraste a los ojos? ¿Qué hiciste después del atentado? ¿De qué te valió?»

A Karmona le habría contado que por su culpa perdió 25 kilos en tres años, que le quitaron las tres cuartas partes del estómago, que enfermó de tiroideas y que cayó en una depresión por la que hoy sigue medicada.

Al marido le sigue preguntando cosas. En una foto que tiene Rosa en el salón. Como si fuera un oráculo.



Leonor, viuda de un policía nacional, en primer término, con Rosa, viuda de un ertzaina, en Bilbao. / ARABA PRESS

rias a este tipo de iniciativas y por miedo al mensaje que trasmite que haya presos que pidan perdón y víctimas que perdonen. Han optado por permitir encuentros que no tienen un fin restaurativo, que no se preparan, en los que no interviene un mediador profesional, que no se llevan con discreción y que se autorizan solo a víctimas ideológicamente cercanas. Causando importante perjuicio a estas víctimas».

Lo primero que quiso saber Leonor Regaño cuando le plantearon la posibilidad de ver al asesino de su marido fue si su interlocutor tendría beneficios penitenciarios. Como le dijeron que no, ella contestó que sí. Para saber más de lo ocurrido aquel día.

El día. Estamos en un 24 de mayo de 1989. Acaba de haber una explosión. Una mujer -ella- insiste al teléfono con entereza.

«No me venga con la historia de que no me preocupe. Se lo voy a poner fácil. Diga sí o no. ¿Mi marido está vivo?»

«...no...» -el policía de Basauri, al otro lado de la línea, después de un rato en silencio.

«-Gracias. Eso es lo que quería saber. «El bidón forrado de cemento llevaba de todo [20 kilos de amonal, 40 de metralla y un multiplicador de penitrita colocado en el maletero de un taxi robado]. Mi marido fue el primero en recibir el impacto. Murieron tres. Al cabo de los días seguían encontrando restos humanos por los tejados. El cacho más grande era así».

Leonor separa las manos: no hay más de dos palmas de distancia entre una y otra.

A los niños les dijo que no les tenían que ver llorar y nada más terminar de decirlo se pusieron a hacerlo. Nadie sabía -ni los hijos- que su marido era policía nacional. Recuerda el llanto de su amiga de HB cuando supo del crimen. Lo que decía: «Manolo no, Manolo no».

«¿Por qué lo mataste? ¿Te arrepientes? ¿Qué te dicen estas fotos?»

Los dos teléfonos -el de Rosa, el de Leonor- debieron de sonar más o menos igual. Txema Urkijo, el asesor de víctimas del Gobierno vasco sustituido hace unas semanas, les debió de decir más o menos lo mismo. Queda una gestión distinta de todo lo que no será.

Leonor: «No creo que ya pueda ver al terrorista que mató a mi marido. Es más: no sé si quiero. Ahora, 25 años después de su muerte, he caído con una depresión, ya ves».

Rosa: «Creo que tengo que hacerlo. Estoy segura de que en algún momento me encontraré con él. Euskadi es un pueblo».

ORBYT.es

> **ORBYT.es**
Ve los testimonios de Leonor y Rosa.

> **ORBYT.es**
Ve los testimonios de Leonor y Rosa.